

Stefano De Bellis  
Edgardo Fiorillo

# El derecho de los lobos



En el año 80 a.C. Roma es una metrópolis violenta en la que se entrelazan el dinero, el vicio y la política. En la oscuridad de los bajos fondos, cuatro asesinos liderados por un coloso con horribles cicatrices irrumpen en el nuevo burdel de lujo La Vaina del Gladio y provocan una masacre; entre los muertos, el rico comerciante de telas Marco Vilio Cincio, aspirante a senador. El dueño del lugar, único superviviente de la carnicería y principal sospechoso, ha desaparecido, y son muchos los que lo buscan, como el veterano centurión Tito Anio.

En otro rincón de la ciudad, la vestal Cecilia Metela acude al joven Cicerón para que defienda a su protegido, Sexto Roscio, de la acusación de parricidio: una causa delicada que oculta intereses perversos. La sombra de Sila, cuyos enemigos están cada vez más inquietos, se cierne sobre ambos casos. Mientras que, para llegar a la verdad, Tito deberá enfrentarse a peleas, emboscadas y complicaciones sentimentales, Cicerón descubrirá que en el foro está en juego no solo el destino de Sexto, sino el suyo propio, e incluso la supervivencia de la República.

## Índice de contenido

Cubierta

El derecho de los lobos

Primera parte

Masacre en La Vaina del Gladio

La vestal

M. V. C.

Tradunt

Vexata quaestio

La Suburra

Omissis

El sátiro desaparecido y El Príapo Alegre

Sexto Roscio Amerino

Compañeros de armas

Hortensio

Ostia

Veritas

Alea iacta

En otro lugar, en ese mismo momento

Grandes proyectos

Corrientes gélidas

La estación del granado

## Segunda parte

Las mulas de Mario

Entre la espada y la pared

Lechón

Non possum, nolo, non fiet

Craso

La segunda vida de Medio As

Periklis

Nuestro querido, viejo Marco

¿Eres tú, Marco Garrulo?

Tres pobres gilipollas

El juicio

La litera

En defensa de Sexto Roscio padre

Rufo Cornelio Foca

Un gladio sin dueño

Adioses

El tormento de un joven patricio

Pobre Crisógono

El pueblo contra Sila

El último banquete

Lucio Cornelio Sila

## Epílogo

## Agradecimientos

## Sobre los autores

*A nuestros padres*

# Primera parte

---

## Masacre en La Vaina del Gladio

*Roma, año 673 ab Urbe condita, tercer día antes de las nonas de enero*

(3 de enero del año 80 a.C.)

El sonido de la piedra de afilar contra el hierro acariciaba los tímpanos del hombre de la cicatriz y lo ayudaba a concentrarse. Cuidaba de sus sicas como un león de sus garras: acompasándose con las sacudidas del carro dejaba que la piedra corriese con estudiada lentitud sobre las hojas curvas, disfrutaba del momento y repasaba para sus adentros, mientras tanto, las cosas que tenía que hacer, distribuyéndolas en una secuencia precisa.

Afilaba su determinación de matar.

Tenía una misión, y los tres que lo acompañaban para llevarla a cabo seguirían sus órdenes, en cumplimiento de la ferina jerarquía que se había instaurado entre ellos.

El más joven, al que todos llamaban Puer, dormitaba en un rincón, envuelto en un manto oscuro; los otros dos charlotteaban.

–Habrá mujeres –dijo el ibérico, recogiendo el pelo en una corta coleta.

El germánico se rio.

–Mira qué bien... Vamos a estropear una fiesta. ¿Cuántas putas habrá, eh? ¿Cuántas habrá?

El hombre desfigurado se pasó el dedo índice por la cicatriz irregular que le recorría la cara desde la mandíbula

hasta la frente pasando por la órbita derecha, vacía como un pozo sin fondo. Dio un último repaso a las sicas y se las cruzó por detrás de la espalda, metiéndolas en el grueso cinturón de cuero que le ceñía la túnica por la cintura. Aflojó los hombros, giró el cuello de toro, se inclinó hacia el hombre que estaba sentado frente a él y lo agarró por la barba. El otro gimió de dolor sujetándose, con las dos manos, al gigantesco brazo que tiraba de él hacia abajo.

–Ya te diré yo cuándo puedes dirigirme la palabra. –Se volvió y señaló con el dedo directamente al rostro del ibérico—. Si se os ocurre rozar siquiera a las mujeres con algo que no sea vuestra espada...

–Ya os lo había dicho –rió con malicia Puer, estirándose.

–Muérete, lameculos –le susurró el germánico, masajeándose la mandíbula.

Puer se encogió de hombros y se tapó la cara con la capucha.

El carro se detuvo con un crujido; las mulas del tiro resoplaron y el conductor murmuró algo a alguien a pie, quien a su vez le contestó. La confirmación de un acuerdo. Los cuatro comprendieron que habían llegado a uno de los puestos de guardia a las puertas de la Urbe. Hubo un rápido intercambio de palabras más y, luego, con una sacudida, empezaron a moverse de nuevo. Puer apartó apenas la cortina de piel de la parte trasera del carro y vio los muros de las casas de Roma desfilan lentamente.

–Ya estamos. –Los músculos del ibérico se contrajeron, adentellados por la excitación.

Al cabo de unos minutos volvieron a pararse. Los cuatro esperaron la señal, tres golpes de bastón contra un costado, y se bajaron.

Emanaban vaho en la noche.

El conductor llamó al coloso tuerto.

–Todo seguido hasta el final por esta calle. Doblada a la derecha; el cuarto a la izquierda es el callejón del lupanar.

La Vaina del Gladio es la última casa que hace esquina. No os costará encontrarla. Hay un letrero, suponiendo que sepáis leer... Sin embargo, no tiene pérdida, es el único edificio que no parece a punto de derrumbarse de un momento a otro, y el único con más de un piso. Subid al primero. El resto ya lo sabéis. Ninguno con vida –concluyó.

El hombre de la cicatriz sonrió en la oscuridad de la capucha.

–Dame tu jarra –ordenó.

–¿El qué?

–Tu jarra.

–Está vacía. No tiene vino.

–Tú dámela.

El conductor se la entregó.

–Os espero aquí –dijo–, daos prisa.

Su mortífera carga desapareció entre los callejones de la Suburra.

Él se envolvió en una manta de lana y cerró los ojos.

A la entrada de La Vaina del Gladio cinco esclavos, hombres robustos, trataban de calentarse en torno a un pequeño brasero, bebiendo cerveza y un vino horrendo; un par de ellos jugaban a la morra. El frío del invierno atenuaba los olores de la calle embarrada, impregnada de lluvia, y de las aguas residuales que sus habitantes lanzaban por las ventanas, una costumbre que hacía de aquel vecindario un lugar peligroso también por lo que podía lloverte de repente sobre la cabeza. Por lo demás, ¿qué era la Suburra sino un intestino retorcido de callejones tenebrosos en los que fermentaban los desechos de la Urbe?

La calleja a la que daba el burdel estaba inmersa en la oscuridad. Para los cinco esclavos era una velada cómoda, al fin y al cabo: había tareas peores que escoltar a los amos en busca de placeres.

Concentrados en la morra, no prestaron demasiada atención a los cuatro borrachos que avanzaban zigzagueando por la calle, pasándose una jarra y mascullando cantos tabernarios. Seguro que eran clientes de la *popina* de Aviculus, no muy lejos de allí, en el callejón paralelo. Nada raro, pues. Salvo que los cuatro iban encapuchados y, al llegar a la altura del lupanar, hicieron ademán de entrar.

—¡Eh, alto, amigos! Está cerrado. —Uno de los esclavos, agarrando un bastón, les impidió el paso. Los otros siguieron con el juego: no eran aquellos los primeros peregrinos a los que rechazaban esa noche.

La refriega se extinguió en unos instantes, produciendo apenas un poco de jaleo y el grito ahogado de una de las víctimas, la última en morir.

Nada que pudiera llamar la atención de ningún habitante de la Suburra.

El ibérico y el germánico arrastraron los cadáveres al *atrium*. Puer entrecerró la enorme puerta de madera, dejando un resquicio para vigilar la calle. El hombre de la cicatriz revisó las habitaciones de la planta baja. Vacías. Les habían dicho que el lupanar había organizado una fiesta privada y que, por lo tanto, excepto la escolta y los invitados, estaría desierto; más valía asegurarse, en todo caso. Se asomó a las escaleras y oyó la voz de dos hombres, por lo menos. Uno, pequeñajo, apareció en el umbral de la habitación iluminada del primer piso: lo vio, titubeó un momento —lo suficiente como para distinguir una sonrisa en la cara desfigurada— y desapareció de nuevo dentro.

El sicario se bajó la capucha, restregó las sicas entre sí, produciendo un sonido escalofriante, y ordenó al ibérico y el germánico que lo siguieran arriba.

De guardia en la entrada, Puer oyó gritos de mujeres, muebles volcados, vajilla que se hacía añicos y un ruido

sordo que venía de la calle. El germánico, con su acento nórdico, gutural, le gritó:

–¡Chico, uno ha saltado a la calle, atrápalo!

Puer salió corriendo. El ibérico, asomado a una ventana, lo llamó con un silbido.

–Está al otro lado de la casa. Cojea, pero ¡anda que no corre el mamarracho!

El barro había amortiguado en parte la caída, pero también había servido para que Medio As pareciera un porquerizo samnita. Como consecuencia del salto desde la ventana, su tobillo izquierdo había quedado maltrecho y le provocaba atroces punzadas solo con apoyarse en él.

–¡Que Júpiter me fulmine! De esta no me libero. Soy hombre muerto –repetía.

El aire frío le encogía los pulmones mientras el corazón le estallaba en el pecho. Apoyándose en los muros de las casas, aguantando el peso sobre su pierna sana y maldiciendo a todos los dioses que conocía, se dirigió hacia el único refugio en el que podía esconderse cerca del lupanar. Aún resonaban en sus oídos los gritos de las putas, y en sus ojos seguía grabada la cara de un monstruo tuerto que le sonreía.

–Soy hombre muerto –dijo de nuevo.

---

## La vestal

*Roma, año 673 ab Urbe condita, tercer día antes de las nonas de enero*

(3 de enero del año 80 a.C.)

Uno de los cuatro porteadores tropezó con un agujero oculto por la oscuridad y la litera sufrió una violenta sacudida. Los otros tres imprecaron e insultaron a su torpe compañero.

A pesar del alboroto, Marco Tulio Cicerón permaneció absorto en sus propios pensamientos.

Poco antes, un hombre había llamado a su puerta con un mensaje escrito en el que se le pedía que acudiera lo antes posible a la morada de Cecilia Metela, en el Palatino, por un asunto de la mayor urgencia. Hacía ya horas que se había puesto el sol, pero Cicerón, habiendo reconocido el sello, montó inmediatamente en la litera que la matrona había puesto a su disposición.

Cecilia Metela Baleárica Mayor, la vestal, lo había convocado. La invitación había sido cortés, en absoluto perentoria, pero ni se le pasó por la cabeza rechazarla o posponerla. Cecilia Metela era una especie de figura sagrada a la que ningún romano en sus cabales se atrevería a contradecir. Su nombre, en la ciudad, abría todas las puertas. Había servido en el templo de Vesta durante treinta años, desempeñando el cargo, con inmaculada abnegación, hasta su retiro. Y se decía que se había conservado

virgen incluso después de romper sus vínculos de sacerdotisa, que había elegido conservar el celibato para prolongar una vida dedicada a la pureza moral y física, a los dioses y, por encima de todo, a Roma.

Cecilia era el símbolo de un pasado mítico, la encarnación de las costumbres olvidadas de los Padres, una advertencia viviente para los ciudadanos que asistían impotentes al declive moral de la República. El férreo sentido cívico, el respeto a los antepasados y a los dioses, el valor, la austeridad, la probidad, el *Mos maiorum* que los buenos romanos habían mamado durante generaciones de los pechos de sus madres se habían visto contaminados, desbaratados por la codicia que se propagaba, a esas alturas, como una enfermedad contagiosa. El poder, en manos de nobles de antiguo linaje durante siglos, se lo disputaban ahora ricos comerciantes y chanchulleros, populistas fanáticos y cínicos oportunistas, quienes, tras ascender en las jerarquías de la sociedad escalón a escalón, habían llegado a pisar incluso el Senado. Sin embargo, cuando la situación se volvía desesperada, el pueblo, acaso imbuido por un oscuro sentimiento de culpa, buscaba de nuevo consuelo en la sacralidad de los valores tradicionales.

Fue precisamente en un momento de peligro inminente cuando Cecilia Metela se ganó el corazón de los romanos.

Una década atrás, el espectro de la guerra contra los aliados itálicos deambulaba por la Urbe. Los sacerdotes no hacían más que extraer señales funestas de los sacrificios, lo que sumía en el terror y en el desaliento a la población. En aquellos días inciertos, Cecilia Metela soñó con Juno. La diosa, con gran melancolía, le dijo que la Urbe se había vuelto demasiado disoluta e irrespetuosa, olvidando las virtudes y el sentido del rigor que, tan a menudo, en el pasado, la habían salvado. Le dijo que, a causa de tamaña decadencia, los romanos ya no merecían su

protección. Cecilia, convencida de ser la portadora del mensaje de Juno en persona, pidió y obtuvo ser escuchada en el Senado y, ante la asamblea reunida, contó su visión. Los senadores quedaron tan impresionados que ordenaron limpiar el templo de Juno Salvífica de perros vagabundos y de los mendigos y prostitutas que allí se alojaban y allí practicaban sus comercios, y pronto fue devuelto a su antiguo esplendor. Cecilia, en su condición de vestal, presidió los ritos expiatorios y purificadores, suplicando el perdón de la diosa airada.

Roma se enfrentó a sus aliados rebeldes, luchó y ganó la guerra.

A Cecilia se le reconoció el mérito de haber salvado la República intercediendo ante la diosa, y su intervención, para el pueblo romano, pesó tanto como las habilidades militares de los generales en la batalla. Desde entonces, la multitud adoraba a la vestal como representante de Juno en la tierra. Los romanos de las clases más bajas, al cruzársela en la calle, inclinaban la cabeza y trataban de tocar su ropa, ya que se decía que el mero contacto con ella bastaba para satisfacer plegarias no atendidas.

Era normal, por lo tanto, que Cicerón, encerrado en esa litera, se devanara los sesos pensando en lo que la matrona podría querer de él. No era más que un abogado de provincias, aún desconocido, que estaba empezando a cosechar algún éxito en el foro. Le parecía imposible que lo hubieran llamado por motivos profesionales, pero era incapaz de imaginarse ninguno personal. Mejor dicho, era incapaz de imaginarse motivo *alguno* para semejante invitación. En la cabeza del joven se estaba desatando tal tormenta de conjeturas que su cuerpo llegó a su destino mucho antes que su mente.

Los golpes de la aldaba en el portal de la villa lo devolvieron a la realidad.

Frente a la casa había otras literas vacías, cuyos portadores formaban una pequeña y silenciosa multitud; en-